

poniendo su cuerpo como una muralla
—lo veo aún sobre el azul del cielo—
semejaba el arcángel Miguel. Llevaba
jubón anaranjado, calzas negras y som-
brero adornado con una gran pluma...
Se ha jugado la vida verdaderamente,
dejándome luego deslumbrada. ¿Dónde
se fué? ¡No le veré ya sino dentro del
esplendor lejano de sus heroicidades!
Ha pasado cerca de mí sin hablarme y
me parece que llevaba sobre el corazón
un puñal: ¡mi blasón de Castel-Renard!
¿Estoy loca?... No. Dios me llama al
templo para purificarme... ¿Dónde habrá
ido? Ya no le veré más. ¡Pronto enterra-
ré en el claustro mi juventud! Mañana
me vestirán el lúgubre hábito de San
Cesáreo y ya no le veré más. Pero su
mirar hondo, terrible, fiero y deslum-
brador me perseguirá hasta dentro de
las puertas donde mañana estaré muer-
ta para el mundo... ¡Rodrigo, adiós! No
te veré más. Esta noche al toque del
Angelus me encerrarán con las monjas.
Mi corazón llora al pensarlo; llora, pero
es preciso ir allá para evitar la conde-
nación eterna. En la paz del convento
rogaré á Dios por aquella alma noble.
¡Rogaré á Dios mientras viva... por tí,
Rodrigo, rogaré por tí!

V

A LA ESPOSA DE MI AMIGO
EUGENIO TABERNIER
DE MARSELLA



V

LA MONJA

EN el monasterio de San Cesáreo rezan el rosario las monjas y ¡balalán! ¡balalán! las campanas suenan á lo lejos. Las monjas vestidas de blanco murmuran paternostres paseando por el claustro y ¡balalín! ¡balalán! siguen tintineando las campanas. Bajo las sombras arcadas las monjas caminan erguidas como sombras y ¡balalín! ¡balalón! se han cubierto con sus velos, con sus grandes y largos velos. Nerto, que entró la víspera, temblando como la hoja en el árbol, está devotamente en la iglesia entregada á sus meditaciones. La pobre cilla toma hoy el hábito... ¡Entra, tiernaavecilla! ¡He ahí la jaula!

Por los corredores del gran monasterio las monjas van y vienen silenciosamente.

La madre abadesa y las de obediencia andan atareadas porque el Pontífice de Aviñón y el Rey, su compañero, con la Reina y su corte llegarán de un momento á otro en procesión, llevando la cruz por guía, para la celebración del acto de tomar los hábitos la noble doncella baronesa Nerto, de Castel Renard.

¡Ya están aquí!

Abrense de súbito las puertas del monasterio de par en par. Descórrense celosías y rejas, y el sol cantando victoria, entra á oleadas con la corte dentro de la gran casa blanca.

De rodillas, en dos filas, plegadas las manos en oración, los ojos bajos, el corazón conmovido, aparecen todas las monjas. Los violines gimen dulcemente el canto de alegría y de despedida de aquella que se entrega á Dios.

Nerto llora en un sombrío rincón.

Doña Violante es la madrina; el rey Luis el padrino.

Los candelabros enciéndense uno tras otro; las monjas van en dos filas hacia donde está Nerto. Y Nerto, en medio de

ellas con la muerte en el corazón espera la triste sentencia de su clausura eterna.

Benedicto Trece, sentado frente al altar levanta su voz:

—Nos, Papa, con la investidura de Jesucristo; servidor de los servidores de Dios, á los oyentes que están aquí como testimonios, hacemos saber que, conociendo los sortilegios del demonio, sus perfidias y sus malignos lazos; considerando el peligro que amenaza á una huérfana infortunada, y la inminencia de ese peligro; visto que el mundo es un destierro para las almas, concedemos, á pesar de su extremada juventud, á Nerto, nuestra amada hija, el derecho á pronunciar sus votos.

Doña Barrala, la priora, devotamente inclina hasta el suelo su frente de gran señora; después acercándose á la doncella da un suave golpe en su libro á tiempo que resuena el canto de los salmos, el incensario esparce balsámicos perfumes y comienzan las bendiciones con el hisopo y la cruz.

Quítanle á la novicia la capelina; arrancan el rico manto de sus hombros; desatan sus rubios cabellos que caen á oleadas sobre sus hombros. Y cuando la noble doncella siente en su nuca el frío

dè las tijeras, pàlida y temblorosa exclama:

—¡Oh, mis hermosas trenzas! ¡Colgádlas en la capilla, en el altar inmaculado de la Virgen, mi dulce Madre! ¡Adiós, primavera! ¡Adiós, corona que locamente trenzaba! ¡Adiós, orgullo de mi juvenil belleza, rizos de oro, rizos amados que al brillar la aurora peinaba amorosamente como haz de rayos!... Dejád que los cubra de besos... ¡y que la Virgen me perdone! ¡Hermoso vellón segado antes de hora, ya no brillarás al sol y las florecillas del monte ya no adornarán más tu seda suave! ¡Ya no agitará tus bucles la brisa! Será tal vez mi pena infantil; pero dentro de mi corazón siento una angustia que no puedo contener... ¡Ah! Dejádme llorar... ¡Todo acabó!... Ahora que van á plegarse las alas de la alondra provenzal, cantad solas, avecillas, sobre las colinas y en los valles. Cogiendo fresas y violetas ¡oh, mis queridas amigas! id solas á corretear por las riberas del Real que rie y salta sobre los guijarros. La juguetona cazadora de liebres que me ha seguido hasta Arlés, morirá de tristeza, la pobrecilla. ¡Ah! No languidecerá tanto tiempo como yo; triste amante de la

Cruz, en las sombras del claustro voy á esconderme esperando la muerte. ¡Ay, pobre de mí! ¡Apiadaos de mi desventura!

La trompetería del órgano estallando de improviso, como las voces que el día del juicio final anunciarán el gran crepúsculo, apaga las dolientes quejas de la novicia.

Ya le han vestido los negros hábitos de sarga, de la orden de la santa casa, las tocas y el velo. Después sobre los Evangelios y sobre las austeras reglas monásticas le hacen prometer castidad, obediencia, pobreza... Todo lo ha prometido como una santa.

La reina, cariñosa, llégase á ella y le entrega un libro de Horas sembrado de flores de lis, con iniciales de azur y oro, en el que fray Berenguer, pintor de renombre, día tras día y año tras año, dibujó las miniaturas, encerrado en la abadía de Montemayor.

Pero ahora ya nada la alegra. Todo lo ve negro; todo le es igual. Va como una infeliz golondrina, con las alas mojadas por la lluvia, arrastrada por la tormenta de una á otra nube; como oveja perdida aprisionada por los blancos vellones en el zarzal y bala doliente. La

novicia así atormentada, no ve más que la negra obscuridad, el lejano y amarillento resplandor de los cirios. Cree soñar entre nieblas...

Pero ya el Santo Padre toma gravemente en sus manos el negro velo de estameña y extendiéndolo sobre la blanca frente de la profesa, dice lentamente:

—Recibe sobre tu cabeza, Nerto, este velo sagrado, resguardo y signo de mortificación: cuando llegue tu hora suprema ¡quiera Dios que lo devuelvas sin mancha! Y rotos los lazos del demonio puedas, blanca como la nieve, sentarte á las bodas de felicidad que son eternas en el cielo, donde los corazones se unen á Dios como las nubes de incienso que suben á lo alto. ¡Así sea!

Consumado el sacrificio sólo restan las pruebas y el oficio. Nerto, se prosterna sobre las frias losas y presa de fúnebres pesadillas, tiéndese entre cuatro blandones y sobre el paño mortuario. Las monjas entonan en el coro el *De profundis*, lúgubre canto que da miedo y fiebre, y hiela el sudor. De cuando en cuando óyese un suspiro de la virgen. Envuelta en el negro manto del que se destaca una gran cruz blanca, la pobre Nerto, temblando, sueña en el ho-

rror del cementerio; sueña en el festín de los gusanos; respira el aire viciado de la fosa; siente la opresión de la losa sepulcral; vé los fantasmas de ultratumba, vé los espectros; siente estremecerse sus carnes y con voz angustiada llama á Rodrigo para que la libre de tan horrible pesadilla...

Pero las monjas la rodean cantando sus preces... Nerto se levanta lívida; y cuando se la llevan desgranando sus rosarios las religiosas, adentro del monasterio, no se oyen más que estas palabras repetidas por todas las monjas:

— ¡Entrad, entrad, hermana nuestra!
¡Ya no saldrás ni viva ni muerta! 1

Todos se van conmovidos, diciéndose:
— Dios la ha querido para él. Pero ¡que dolor, que lástima, que en la flor de la juventud tan hermosa doncella haya tomado las tocas de Monte-Cassinol

Mientras esto ocurre en la parte alta de la ciudad, abajo el Diablo hace de las suyas. Entre soldados y marineros, en «la hostería de la Espada» se bebe, se ríe y se arma gresca.

Rodeado de catalanes, cubiertos con sus rojas barretinas y con sendos cuchillos al cinto, Rodrigo dice:

—Cada uno de vosotros recibirá cincuenta *parpaiolos* ². Luego, cuando sea hora ya os diré lo que hay que hacer. Ahora bebamos y comamos como hermanos. ¡Y hasta media noche vivan la mesa y el vino hervido!

—¡Vivan la mesa y el jolgorio!—gritan aquellas buenas piezas. —¡Ah, de la hostalera! ¡Nos servirás una sopa de pescado de Vacarés; prepara un buen ajiaceite y pescado frito!

—¡Y después un asado!

—Y un estofado de cordero... un buen *gardiane* ³.

—¡Cáspita! ¡Cincuenta *parpaiolo*! Queremos el pífano y la viola... ¡Hemos de cantar alboradas á las arlesianas del barrio! ¡A vuestra salud, bravo capitán! ¿Pero vos, no bebéis?

—No, no—dice Rodrigo; —no tengo sed aún.

Sabroso y amarillo como el oro ponen el ajiaceite sobre la mesa.

—¡Remojemos el gaznate, Santa Paula!—gritan.

Y todos á una, levántanse los bravos camaradas y beben sin vaso, alzando el

porrón ⁴ largo rato, haciendo roncar los gaznates. Después hacen sonar los dedos como castañuelas, entre el barullo y las canciones... No les falta más que la pareja.

En aquel momento, señalando el fin del ruido y de la gresca, en Casa-Rimbaud suena el toque de cubrefuego.

La banda sale silenciosamente de la taberna. Calzadas las alpargatas y envueltos en sus mantas van deslizándose por las tenebrosas callejuelas.

Rodrigo de Luna dá el santo y seña á cada uno en voz baja y en catalán.

Han corrido los cerrojos y puesto las trancas los burgueses de toda la villa. No se vé luz en ninguna vivienda y todo Arlés está obscuro como boca de lobo.

Es media noche por filo. Nada se oye.

Esquivando silenciosos algún encuentro, la banda de catalanes bordea el Ródano y el Lice hasta que atisban el tejado y el campanario del Gran Convento que se eleva, si lo recordáis, lejos del mundanal ruido detrás del vasto cementerio de Aliscamps.

Los malandrines, con escalas de cuer-



La banda sale silenciosamente de la taberna

da y hachas de abordaje arañan el muro; protegidos por la obscuridad y como una horda de salvajes escalan aquel claustro célebre por su augusta antigüedad, por las virtudes, la santidad y sabiduría de sus abadesas, escogidas todas entre la más rancia nobleza.

Es la hora en la cual las religiosas dejan las celdas y van á la iglesia para cantar á la ténue luz de la lámpara los oficios nocturnos. Con el sueño aun en los entornados párpados, siéntanse en las sillas del coro y rezan las plegarias de la orden...

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto?—¡Barrím, barrám! las puertas de la iglesia caen rotas. Don Rodrigo, como el lobo en el redil, entra gritando:

—¡Al lobo! ¿Llamáis al Diablo? ¡Aquí está!

Y la enardecida banda de malvados con la manta á la espalda y caladas las rojas barretinas sobre sus testas ennegrecidas se precipitan en el sombrío santuario. ¡Por San Máximo! Jamás visteis mayor espasmo.

Si el suelo se hubiese abierto quedando al descubierto las momias de los muertos no hubieran causado más espanto... Las monjas locas de terror,

quedaron fascinadas como bandada de tórtolas que ve en los aires al gavilán. El fiero Rodrigo ve en la bandada á la que su deseo busca... Doña Barrala, corre hacia el altar clamando al cielo:

—¡Amparadnos, Señor, amparadnos!

—Quiere detener al hambriento gavilán...; pero Rodrigo la aparta desdeñosamente y corre hacia Nerto. Tómalala en sus brazos desmayada y llevándosela con la celeridad del rayo:

—¡Ven á mí!—le dice dulcemente.—

¡Ven, hermosa mía, soy Rodrigo, no temas!

Mientras el caballero roba la perla del convento, sus camaradas hacen un desastre en él.

Los viejos pastores no llaman en balde *Catalán* al diablo. De aquella comunidad de nobles damas, todas condesas y baronesas, cogen con feroces abrazos las delicadas flores de los tiernos brotes, llevándose cada truhán la monja que más le agrada.

La campana del monasterio despierta á la dormida ciudad: las monjas feas y viejas tocan á rebato con todas sus fuerzas. El capitán del Tampan⁵ acude presto con sus soldados y arqueros al oír la campana ya corre á las pobres da-

mas que oye gritar y defenderse de la vil canalla en la obscuridad. El capitán de la ciudad desenvaina la espada y los alcanza en los Aliscamps.

El cementerio de Aliscamps, lleno de misterio y de leyendas milagrosas, de capillas, y de tumbas, y de montones de huesos, se extendía, en aquel tiempo, hasta muy lejos, no sé donde, allá bajo de Arlés. Siempre se ha creído que cuando San Trofimo quiso consagrarlo todos los padres del Santo Concilio fueron tan humildes que ninguno quiso echarle el agua bendita. Y Nuestro Señor, rodeado de una nube de ángeles, bajó del Paraíso y lo bendijo... Hasta se dice que al hacer la genuflexión, quedó grabada en la roca la huella de su divina rodilla; y desde entonces los ángeles bajan algunas veces á él en cohortes rosadas y en la quietud de las noches serenas cantan armoniosamente... Por esto todos querían ser enterrados en aquel lugar sagrado. Barones, obispos, reyes y príncipes, todos, grandes y pequeños tenían allí sus mausoleos con esculpidos bajorrelieves ó su trozo de tierra santa. La ira del infierno era impotente contra los cuerpos de los bienaventurados que allí dormían bajo la

cruz... Y á lo largo del rio, con el dinero para pagar el entierro sobre el ataud, lanzaban en el Ródano, á merced de la corriente, á los pobres muertos que querían ser enterrados en los Aliscamps. Los marineros que en aquellas riberas veían venir el ataud sobre las ondas rielantes, hacían virar sus barcas hacia la orilla y santiguándose devotamente, decían cayendo de rodillas al pie de los sauces:

— ¡Que Dios les conceda descanso eterno!

Pero la paz se ha turbado esta noche en el vasto campo de los muertos... Tornemos á la historia del sacrilego rapto.

Rodrigo encendido de amor, corre por las tinieblas, llevando á Nerto en sus brazos; aspirando su aliento dícele, mientras camina:

— ¡Cómo huelen los jazmines! ¿Ves cómo brillan las luciérnagas, cómo se alegran los ruiseñores? ¡Que cielo tan estrellado! ¡Parece que me crecen alas y puedo volar!... ¡Volemos Nerto, hermosa mía! ¡Tú, sobre mi corazón, que salta de gozo; tú, mía, en mis brazos! ¡Esto es más dulce que el hipocrás!



Rodrigo encendido de amor, corre por las tinieblas...

Pero la monjita, desvanecida, está muda. Aturdida por tanta desventura, golpe tras golpe, la infeliz no sabe si es el Demonio quien la lleva á través de los campos ó un ángel quien murmura en su oído aquellas dulces palabras.

Chasquidos y golpes de aceros que van en crescendo en la quietud de la noche resuenan de súbito tras ellos. Rodrigo, el guerrero valiente, oye los gritos de su banda llamándole... Hop! Deja su hermosa carga sobre la tumba de Rolando y corre á ayudar á sus catalanes.

Larga y dura es la lucha. Parece que juegan al escondite entre las tumbas; nadie se deja prender. En la espantosa refriega cuando alguien cae bañado en sangre encuentra abierta su tumba...

Mientras saltan chispas de los aceros y se cruzan las espadas van cayendo algunos hombres y huyen las monjas despavoridas...

A los besos de la brisa Nerto recobra el sentido...

La pálida luna levántase en el espacio y su blanco espectro va errante por entre las tumbas. Erízanse los cabellos de Nerto viendo aquella cantera desierta, cubierta de sepulcros y de fosas abiertas. Al verse sola se le hiela la sangre;

créese á las puertas del infierno. Huye y cuando más camina más se extravía... No ve más que tumbas, en serie interminable, que la acompañan en su huida. A cada paso se detiene espantada por los buhos que alzan el vuelo, y vuelve á emprender su loca carrera llorando y exhalando quejidos hasta que se pierde en la llanura...

Cubierto de sangre y de polvo, Rodrigo torna de la lucha, con el corazón esperanzado y altiva la testa.

Embriagado por el sensual perfume de los jazmines y de los mirtos mira á todos lados. No vé á Nerto. Busca en las tumbas vacías; corre impetuoso y febril los Aliscamps, San Honorato y San Accurso, San Bardolfo, San Tiburcio y el panteón de los Porcelet... ¡Se vé solo entre los muertos!

Loco de amor y de ira, siente rasgársele algo en el lastimado corazón... Nada ansía ya sin ella y enloquecido comienza á gritar:

—¡Nerto, oh, Nerto!

Pero la plana está desierta y sólo le contestan las corneas del Trebón^o.